

#### **4º Paso. La alegría de la confesión.**

Como en Santa Eulalia del Campo había tenido que soportar temperaturas bajísimas, contrajo una grave enfermedad pulmonar, con fiebres muy altas, dolores en el pecho y vómitos de sangre, que le diagnosticaron como tuberculosis en San Juan de Mozarrifar.

*Foto: Edificio que fue campo de concentración en San Juan de Mozarrifar, Zaragoza. «poner la misma foto de la pág. 11 de la Hoja Informativa, para que se vea más grande la prisión»*

El 18 de marzo de 1938 fue cuando, por primera vez, Ismael rompe el silencio para pedir la confesión. Así lo cuenta por escrito el capellán del Campo de Concentración don Ignacio Bruna, en el primero y único encuentro que tiene con Ismael:

*«El día 18 de marzo de 1938, al hacer mi visita ordinaria a la enfermería, en el campo de concentración de San Juan de Mozarrifar (Zaragoza), tuve ocasión de conocer a esta humilde violeta trasplantada ya a los jardines del cielo. Me encontraba en uno de los pabellones, hablando a los muchachos, cuando un sanitario me llamó urgentemente para que asistiese a un prisionero gravísimo, que acababa de ingresar en la enfermería. Se sentía morir y quería reconciliarse con su Dios. ¿Habéis contemplado detenidamente la imagen de San Luis? Fue la primera que vino a mi mente, después de ver a aquel muchacho».*



*Don Ignacio Bruna.*

*– Mire, padre, voy a morir y quiero confesarme, si a usted no le molesto.*

*– Hijo mío, estoy a tu disposición en absoluto; prepárate para que lo hagas bien y me avisas cuando te creas dispuesto.*

*Abrió sus hermosos ojos, me miró dulcemente y musitó estas palabras.*

*– Estoy preparado; pero habrá de tener mucha caridad. Estoy muy mal.*

*Una hora aproximadamente duró su confesión. El sigilo sacramental no deja correr mi pluma. Me he de limitar a narrar la conversación habida después de su confesión.*

*– ¡Qué feliz me siento, padre mío! Hábleme de sufrimientos, de tribulaciones y de cruces, porque son mi sueño dorado y fueron realidad viva en mí, principalmente desde que empezó la guerra. ¡Qué bien comprendo ahora, padre, las palabras que tantas veces nos repetía nuestro Asesor de la J.C.: “Hijos míos, decía, sabed que los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazones vacíos y solitarios”! Y ¡qué solitario está el mío!... Ni padres, ni amigos, ni honores, ni riquezas, ni consuelo humano alguno. No obstante soy feliz.*

*Como le augurara un futuro halagüeño, si Dios quería salvarle, se incorporó en el lecho, miró al crucifijo que presidía el local, apuntó con el dedo y me dijo:*

*– No quiero nada con el mundo. Seré totalmente de Dios; si muero, en el cielo, y si no muero... quiero ser sacerdote.*

*–Tú deliras, pequeño, interrumpí.*

*– Padre, no deliro. ¿Tampoco tendré la satisfacción de que usted me crea? Sí, señor; quiero ser sacerdote y de los buenos, de los que sirven a Dios de balde; ni mercenario, ni asalariado. Quiero vivir absorbido en Él, perdido en la inmensidad de Él y a Él totalmente entregado. Ni egoísmo, ni dinero; ni comodidades, ni familia, ni honores. ¡Sólo Cristo!*

*El cerró los ojos, no para dormir, sino para meditar; yo los abrí para llorar emocionado...*

*– ¿Acaso ignoras que ser sacerdote es vivir crucificado en todo momento?*

– *¡Ah! Ya. Pero, dígame. Aunque no se vea su trabajo, aunque no aparezca el fruto, aunque se critique su actuación, ¿lo hace por Dios?*

– *Claro que sí.*

– *Entonces todo está bien.*

*Yo, sacerdote, con varios años de ministerio, quedé admirado y avergonzado del espíritu de aquel joven, muy superior al mío.*

– *Mañana, cuando comulgue, consumaré la obra de desprendimiento, que hace días empecé y no he podido terminar. En Cristo dejaré mis caprichos, mis gustos, las exigencias de mi flaca naturaleza.*

– *¿Hace mucho que estás con nosotros?*

– *Aquí en San Gregorio dos meses y medio.*

– *¡Oh, dos meses y medio! ¿Por qué no te diste a conocer a mí y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario, y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato? O ¿acaso no me has visto nunca?*

– *Sí, padre, le he visto. Entraba usted en nuestra celda con mucha frecuencia, le escuchaba con muchísimo gusto, y cuando marchaba le besaba la sotana, sin que usted ni mis compañeros se enterasen. Poco me hubiera costado mejorar mi situación, hablando a usted; y alguna vez tuve el propósito que, gracias a Dios, rechacé, como una tentación, puesto que así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España. Hoy cuento a usted todas estas cosas, porque voy a morir y ya nada puede hacer en mi favor... Me encuentro fatigado, ya continuaremos hablando después».*

*«La respiración fatigosa del enfermo y la tos débil, seca, pero frecuente, movieron al sacerdote a alejarse, aun cuando la conversación sublime de aquel muchacho le clavaba junto a su cabecera para escuchar extasiado.*

*Cuando volvió el Capellán encontró a Ismael mirando al Crucifijo que presidía la enfermería. Suavemente volvió su cabeza, para fijar su vista en el interlocutor y acogerle con una sonrisa.*

– *¿Cómo te encuentras, Ismael?*

– Soy feliz, Padre. ¡Qué felicidad tan grande siento! ¿Es posible este consuelo que Dios me da? ¿Qué será el cielo, si aquí me siento tan feliz? ¡Oh, padre, ¡cuántos hombres viven sumidos en la lóbrega oscuridad del pecado, atados con las cadenas del vicio, porque no tienen una mano amiga que les saque de tan funesto estado! ¡Cuántos se lanzan al arroyo que hubieran sido santos, si en su camino hubieran encontrado otros santos!... La Providencia fue pródiga conmigo. Aunque educado cristianamente, me hubiera perdido sin remedio. Mi carácter fogoso, mi espíritu agitado y violento me empujaba con fuerza irresistible hacia los placeres del mundo, en los que me habría revolcado, si otro joven de mi pueblo, santo, no se hubiese puesto a mi lado para ejercer conmigo la tutela del ángel. Fue la primera célula de la Juventud Católica de mi pueblo. Él nos buscó, él empezó a formarnos, él nos enseñó a conocer el valor del sacrificio, él, en fin, nos preparó para el martirio. Y si todos no derramamos la sangre por Cristo, fue porque El no quiso concedernos esta gracia tan grande. Todos la ofrecimos generosamente, ni uno huyó, y los que murieron lo hicieron valientemente. Yo le pedía al Señor me diera fortaleza para beber el cáliz del martirio; pero... la fruta no estaba madura para entrar tan pronto en el cielo; no ceñí la corona, ni empuñé la palma y esto fue para mí más duro que el mismo martirio.

Y continuaba.

– ¡Hacen falta santos! Nuestro asesor religioso nos animaba a los jóvenes a serlo. El murió como un santo, murió mártir. Poco tiempo antes nos decía: “la tempestad roto el dique de la disciplina social, el león de la revolución ruge, porque faltan manos santas que atusen sus melenas. Hay sobrado materialismo en nuestra época, porque faltan santos. Hay que prepararse a morir como el Maestro; nuestra sangre no será infructuosa”. Después pude comprobar en el ejército y en las trincheras, el desconocimiento horrible de la religión en las masas, la falta de fe, el odio a Cristo. Ya le hablaré de esto, cuando haya descansado un poquito... ¡Qué cerca tuve la palma! ¡Qué martirio para mí no haber sido mártir! ¡Qué envidia me dan los jóvenes de Acción Católica que han muerto mártires! ¡Se hizo la voluntad de Dios, bendito sea!

En otro rato de respiro habló de la Virgen; Ismael la quería con delirio.

***– ¡La Santísima Virgen del Pilar! ¡Dos meses en la España de Franco, en la España de la Virgen sin besar el santo Pilar! Es horrible. Hábleme del Pilar, ya que no puedo ir yo, visítela en mi nombre... Padre, como recuerdo de estas cosas que me ha dicho querría que me diese un escapulario de la Virgen Santísima del Pilar.***

*A falta del escapulario del Pilar y de escapularios pequeñitos del Carmen, le puse uno de tamaño grande, que no habría dado a nadie por nada del mundo: era un recuerdo de mi santa madre, que llevaba siempre conmigo. Le puse sobre su pecho y me lo agradeció con un tierno y cálido beso...*



Virgen del Carmen.

***– Serviré a España en el anónimo, ofreceré a Dios todas las molestias de mi enfermedad y lo penoso de mi sacrificio. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de sangre por la fe; pero sí el abandono, el lento sufrir, la angustia de morir con la ausencia de mi santa madre!... ».***

*«Lloraba emocionado –agrega el capellán–, limpié sus lágrimas, estampé un beso en su frente de ángel y me retiré.*

*He visto muchos que ostentan sobre sus pechos medallas y condecoraciones; caballeros mutilados; caballeros de España y los contemplo con cariño, porque todos ellos aportaron grandes sacrificios por la salvación de la Patria. En Ismael no vi condecoraciones, ni medallas, ni cruces y conste que las tenía. ¿Cuáles eran sus cruces? Semejantes a las del Crucificado. Llagas en todo su cuerpo, carencia de todo, privación del consuelo humano.*

*El médico del campo, viendo que la enfermedad de Ismael era grave, pues ya tenía “cogidos los dos pulmones, con reblandecimiento de los mismos por necrosis caseosa y descomposición, que eliminaba con vómitos frecuentes”, decidió mandarlo a Zaragoza, a un hospital. Dad su gravedad podía ir a Torrero o al Clínico. Preparose su evacuación. Él llamó al capellán. Triste acudió don Ignacio y, sabido del sitio a donde era llevado, escribió una recomendación para el capellán de allí. Decía así:*

*«Estimado compañero en Cristo: Ismael Molinero pasa a ese Hospital. Es un excelente joven. Conferencia con él y lo verás. Desea comulgar mañana. No le abandones. Si hay Hermanas, que lo atiendan espiritualmente.*

*Affmo. en Cristo. Ignacio Bruna.*

*San Gregorio, 18-marzo-38».*

*«Ismael sintió la partida. El capellán, que lo admiraba, sufrió una cruel desilusión. Más tarde, cuenta cómo recuerda a Ismael:*

*“Cuando mi celo tropieza con corazones duros y desagradecidos, traslado mis recuerdos a la enfermería de ese campo y a aquella fecha del 18 de marzo y me parece ver la figura de aquel ángel, que sólo sabía sonreír, y que me dice: “Padre, adelante, yo lo bendigo desde el Cielo”.*

*En su dietario, que escribió un día de aquellos, apunta: “¿Habrá muerto? ¿Vive todavía? Lo ignoro; tengo presente su nombre Ismael, y sus virtudes”.*

*Cuando el buen capellán llegó a casa de la patrona aquella noche, dijo a los que allí había: “¿Con qué gusto me cambiaría por uno de los que van a morir!” ».*

La tarde del 18 de marzo de 1938 una ambulancia trasladó a Ismael al Hospital Clínico de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

Continúa subiendo el camino del calvario y Satanás había intentado seducirle con el ensueño de una falsa libertad y de agradables privilegios, cuando el capellán dice nada más conocerlo que le reprendió amorosamente por no haberse dado a conocer antes:

– “¿Por qué no te diste a conocer a mí y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario, y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato?”

Ismael respondió que había rechazado “**como una tentación**” todo lo que le pudiera apartar de ser fiel a la voluntad de Dios: vivía desprendido, liberado, redimido. Se ofrecía a Dios en silencio, más aún después de haber recibido el sacramento de la reconciliación y, con él, la fuerza para continuar la obra que había empezado y aún no había concluido; por eso le contesta:

– “*Así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España*”.

Roto el silencio en la confesión, se desbordó la alegría.

ORACIÓN: Para vivir la alegría y la fuerza de la confesión personal, clara, concreta y completa como la vivió el Siervo de Dios Ismael de Tomelloso.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

---